

Feminismos del Sur: nudos epistemológicos para articular una investigación otra

Feminisms of the South: epistemological knots to articulate another investigation

Mariana Alvarado; Maria Eugenia Hermida

RESUMEN

El texto aborda un conjunto de problemas relativos al qué, al cómo, entre quiénes y hacia dónde de la investigación en ciencias sociales y humanas, visitados desde el registro de los feminismos del Sur. ¿Cuáles son los sesgos androcéntricos, cis-heterocentros, coloniales y raciales en las prácticas relativas a la producción de conocimiento académico? ¿De qué manera los feminismos situados desordenan, desobedecen y subvierten las lógicas instituidas en investigación científica en ciencias sociales y humanas? El objetivo de este escrito es visibilizar los aportes de los feminismos del Sur para explorar otras formas de construcción de conocimiento. La metodología utiliza elementos del enfoque (auto)biográfico y de la narrativa ficcionada; se apoya en el registro y la sistematización de experiencias personales, colectivas e institucionales de investigación feminista y de docencia en propuestas de grado y posgrado. Estos materiales se cruzan con técnicas de análisis documental que implicaron la (de)construcción de un corpus de textos y de las operaciones analíticas devenidas del giro afectivo que proponen registrar las afectaciones que esos textos habilitan. Los resultados obtenidos configuran una tríada de anudamientos conceptuales corporizados: el primero explora el cruce mudar/camufflar/travestir; el segundo propone el binomio escuchar/hacer audible; y el tercero invita a articular/corporizar/territorializar. A horcajadas de una torsión, habitando la desobediencia epistémica, interpelamos el sesgo “concluyente” que le exige a la producción académica el producto de la investigación. Apostamos a la descolonización y despatriarcalización para desestabilizar el sentido norturocentrado, moderno, colonial, patriarcal machista que se sostiene en la pretendida objetividad, neutralidad y universalidad.

Palabras clave: diferencia colonial; subalternidades; coaliciones; articulaciones; epistemología feminista; feminismos del sur.

ABSTRACT

The paper addresses a set of problems related to the what, how, between whom and, the where of research in social and human sciences. Try to answer these questions from the feminisms of the South. What are the androcentric, cis-heterocentric, colonial, and racial biases in the production of academic knowledge? How do southern feminisms disorder, disobey and subvert the logics instituted in scientific research in the social and human sciences? The objective of this paper is to make visible the contributions of southern feminisms to explore other forms of knowledge construction. The methodology uses elements of the (auto)biographical approach and fictionalized narrative; it is based on the registration and systematization of personal, collective and institutional experiences of feminist research and undergraduate and postgraduate teaching. Applies techniques of documentary analysis, the (de)construction of a corpus of texts, the analytical operations derived from the affective turn, the registration of the affectations the texts enable. The results obtained constitute a triad of embodied conceptual knots. The first explores the molting/camouflaging/transvestite crossover; the second proposes the binomial listen/make audible; and the third invites to articulate/corporate/territorialize.

Keywords: Colonial difference; subalternities; coalitions; joints; feminist epistemology; southern feminisms.



Revista de Estudios Contemporáneos del Sur Global

INFORMACIÓN:

<https://doi.org/10.46652/pacha.v3i9.121>

ISSN 2697-3677

Vol. 3, No. 9, 2022. e210121

Quito, Ecuador

Enviado: Julio 03, 2022

Aceptado: Agosto 30, 2022

Publicado: Septiembre 14, 2022

Sección Dossier | Peer Reviewed

Publicación Continua



AUTORAS:

 **Mariana Alvarado**

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Argentina
elotro4to@gmail.com

 **Maria Eugenia Hermida**

Universidad Nacional de Mar del Plata - Argentina
euge1980mdp@gmail.com

CONFLICTO DE INTERESES

Las autoras declaran que no existe conflicto de interés posible.

FINANCIAMIENTO

Este texto surge como contexto de producción para el curso virtual Feminismos del Sur y construcción de conocimientos dictado en el marco del Programa de Cursos Avanzados (Conicet Mendoza).

AGRADECIMIENTOS

N/A

NOTA

El artículo es producto de nuestros recorridos académicos e itinerarios de investigación en el marco del Grupo de Investigación Problemáticas Socioculturales de la UNMDP (Hermida) y del PIP Prácticas, saberes, territorios. Articulaciones entre academia y activismos CONICET (Alvarado).

ENTIDAD EDITORA



1. Introducción

Si un tema debiera desvelarnos, es el que suscita la pregunta de qué hacemos, para qué, cómo y entre quiénes, cuando decimos que realizamos trabajo académico con perspectiva de género o que hacemos investigación feminista. En efecto, tal como vienen sosteniendo diversas autoras (Biglia, 2014; Rodríguez y Da Costa, 2020) los avances en materia de teoría feminista situada se consolidan en repertorios conceptuales potentes, pero evidencian una vacancia cuando de interpelar las formas de ser y hacer en la academia se trata. Quizás en el campo relativo a métodos y técnicas en clave feminista, sí vemos progresos en la última década (Rubilar Donoso, 2015; Araiza Diaz y González García, 2017). Pero sabemos que el cómo no se reduce a lo instrumental y condiciona fuertemente los límites epistemológicos y las apuestas políticas del qué, para qué, y con quiénes. Pensar cómo reinventar la investigación desde los feminismos situados es entonces un problema de relevancia en la actualidad. Supone no solo registrar lo que ya está sucediendo en los márgenes, sino visibilizar y cartografiar las coaliciones y articulaciones que pueden fortalecer estas múltiples experiencias de resistencia a las lógicas neoliberales patriarcales y mercantilizadas que hegemonizan la producción de conocimiento en nuestra contemporaneidad.

En este marco entendemos que delinear un corpus en los feminismos del Sur y (re)situar la pregunta por el locus de enunciación posibilitaría (re)pensar los contextos y procesos de investigación desde la experiencia de/entre mujeres y visibilizar claves epistémico-metodológicas en la desobediencia epistémica (Alvarado, 2017). La idea de desobediencia epistémica refiere a la sujeto (De Lauretis, 2000) que enuncia el discurso y derrumba el armazón de comprensión del mundo tal cual ha sido construido e impuesto por la modernidad occidental norteamericana. La pregunta por la significación epistemológica de la sujeto cognoscente aparece en *What can she know: feminist theory and the construction of knowledge* de la mano de Lorraine Code (1991) acogiendo en esa desobediencia que el conocimiento y las prácticas de indagación son siempre situadas (Haraway, 1991) y en contexto.

Algunas mujeres pensadoras, académicas, militantes, activistas del Sur hacen la diferencia en la re-lectura/re-escritura como subversión epistemológica de los modos hegemónicos de producción de los saberes (Alvarado y Fischetti, 2018) en el archivo que configura los debates que cruzan modernidad-colonialidad-patriarcado.

La travesía propuesta en este texto nos invita a transitar diversos caminos. Por un lado, introducirnos en las derivas de los feminismos del Sur, cartografiar sus itinerarios decoloniales, poscoloniales, negros, comunitarios e indígenas a partir del reconocimiento de sus principales interlocutoras en diálogos Sur-Norte / Sur-Sur. Transversalmente, identificar los aportes, ampliaciones e interrupciones -históricamente subalternizadas, minorizadas o excluidas de los debates hegemónicos dados en las ciencias sociales y humanas- que obliteran la episteme moderna, occidental, colonial, patriarcal de producción de conocimiento.

En este camino, el objetivo de este escrito será explorar los aportes de los feminismos del Sur para la producción de conocimientos en ciencias sociales y humanas. ¿Qué implica este desafío? En primer término, recuperar algunos nudos centrales de la trama teórico-epistémica de las epistemologías feministas decoloniales y de Latinoamérica. En esa trama de discursos y experiencias corporizadas, buscaremos revisar las formas en las que los feminismos del Sur reflexionan sobre sí mismos en diálogo con los feminismos negros, el feminismo poscolonial, el feminismo descolonial, el transfeminismo y la epistemología feminista del norte. Esos insumos nos permitirán acercarnos a herramientas teóricas, metodológicas y epistemológicas para la construcción de conocimiento que impacten en la organización de los materiales de investigación, en la conformación del canon, en las conjeturas de trabajo, los problemas de investigación y las intervenciones en el territorio.

Para concretar estos objetivos la estructura del artículo se organizará en tres nudos problemáticos. Cada nudo será nominado con metáforas de acción que permiten hilvanar aportes de los distintos feminismos del Sur para indagar caminos y constituir un campo otro de investigación y producción de conocimientos: mudar/camuflar/travestir; escuchar/hacer audible; articular/corporizar/territorializar.

Este tejido se propone en clave auto-corpo-biográfica. Esto supone un primer movimiento de presentificarnos en el texto, desde el uso de la primera persona, explicitando nuestro lugar de enunciación. A esta torsión que desafía el uso de la tercera persona y el impersonal, y politiza lo supuestamente anecdótico, le sigue el esfuerzo de teorizar la propia experiencia, a partir de los tres registros que entre ambas hemos cartografiado, siguiendo el gesto de Sara Ahmed (2021), quien nos propone reconocer que lo personal es teórico.

Entendemos que nos cabe a las pensadoras investigadoras activistas militantes feministas desde y para el Sur abocarnos a la descolonización de la teoría, a zurcir la teoría y la política, a interrumpir los monólogos androcentrados misóginos fundantes, a establecer alianzas y coaliciones revisando los feminismos, a cuestionar categorizaciones, desandar clasificaciones, desestabilizar(nos) discursivamente, pero sobre todo articular voces y hacer audible esa articulación teórica-práctica que propicie otros modos de construcción del conocimiento.

2. Metodología

Nos apoyamos en la teoría feminista del conocimiento situado (Haraway, 1998) del punto de vista y de la objetividad fuerte (Harding, 2004) que, al tiempo de sostenernos epistémicamente son tema/problema de este artículo. Venimos entonces, si se quiere, a revisar críticamente los supuestos epistémicos que sostienen nuestros trayectos de indagación.

La metodología utilizada expresa una posición epistémica feminista (Curiel, 2014), retoma elementos de enfoque (auto)biográfico y de la narrativa ficcionada (Rubilar Donoso, 2015; Gandarias Goikoetxea y García Fernández, 2014) apoyándose en el registro narrativizado y la sistematización de experiencias personales, colectivas e institucionales de investigación feminista y de docencia en propuestas de grado y posgrado (Ripamonti, 2017). Nos proponemos un movimiento doble. Por un lado (re)conocer nuestro propio punto de vista, desalienarnos, ubicar las marcaciones con las que el sistema capitalista colonial patriarcal operó y opera en nosotras. Exorcizar la posición pseudo-neutral que nos

fue requerida en nuestro paso por la academia. Reconocernos cuerpos feminizados del Sur. Pero a su vez ensayar un descentramiento, alejándonos de posturas esencialistas, y asumiendo que el lugar de enunciación no es natural, sino que es político, y por tanto en construcción. Por eso, nos proponemos también aprender a mirar desde el punto de vista de vidas otras -marginadas, oprimidas, subyugadas, subalternadas- al tiempo de visibilizar nuestros privilegios y reconocer que es posible habitar posiciones de sujeta que nos habiliten a relativizarlos. Mirar desde un lugar encarnado fortalece la objetividad porque el punto de vista de las posiciones subalternas permite ver aquello que aparecía sesgado si sólo mirábamos desde posiciones hegemónicas, dominantes, institucionalizadas.

Estos materiales que devienen del registro biográfico se cruzan con técnicas de análisis documental que implicaron la (de)construcción de un corpus de textos a horcajadas de operaciones analíticas devenidas del giro afectivo que proponen registrar las afectaciones que esos textos habilitan. Atentas a las prácticas de acuerpamiento (Cabnal, 2017) en tanto acción político-afectiva que posibilita sentir las injusticias, malestares e indignaciones que viven otros cuerpos y la naturaleza a causa del patriarcado, hacer parentesco y actuar de manera colectiva.

Las premisas que guían la teoría feminista del punto de vista entran en diálogo con los insumos que ofrece la perspectiva cualitativa de investigación. Este posicionamiento epistémico metodológico lleva a que cada una de nosotras hable desde su propio punto de vista porque nos hemos habilitado a tomar la palabra, recuperar la voz y generar un discurso en el que nos devinimos sujeta de enunciación para compartir conocimiento parcial, situado y en contacto propiciando una “política de las coaliciones” (Hill Collins, 2002) desde donde tensionar nuestros privilegios y relativizarlos.

Asumimos que la explicitación de nuestro locus de enunciación implicando la visibilización de la movilización en nuestras posiciones en el recorrido de la escritura a partir de (auto)relatos, narrativas de experiencias y testimonios (auto)biográficos, instalarán la pregunta al mismo tiempo que darán cuenta de cómo fundamentar la producción de conocimiento situado y en contexto (desde una epistemología del con-tacto y la articulación) del que somos parte. En esta metódica nos reapropiamos de la noción de objetividad como parámetro de rigurosidad que excluye la neutralidad, la abstracción, la no-implicancia, la (des)corporización (Alvarado, 2017; Alvarado y Fischetti, 2018).

3. Desarrollo

Entonces, por dónde empezar si no es por la experiencia; la mía, la nuestra, en sus convergencias y divergencias, nuestras vidas (im)propias que, no son las de todas las mujeres puesto que no existe la mujer universal como tampoco existe la experiencia de la mujer. Pues aquí, entonces, ya tenemos un inicio contra todo universal y totalización posible. La experiencia en oposición a la representación es la base material-corporal que sustenta un saber vivenciado, corporizado, biografiado; un conocimiento que articula sentidos otros, menores, silenciados, que emerge como síntoma, como palpito, como registro corporal de incomodidad, como grito que en la ronda se permite modular en discursos contrahegemónicos.

Y aquí ya conmovemos estas primeras afirmaciones. Porque ¿no es un proceso del orden de la mediación este interrumpir el discurrir de nuestras certezas feministas, para habilitarnos este diálogo escritural, en el que vamos recortando nuestras (in)certezas para (re)conocernos juntas, (re)conocernos otras?

Este punto de partida es un inicio que se distancia intuitiva e intencionalmente de jerarquizaciones masculinizantes y androcentradas que han privilegiado lo inteligible, lo razonable, lo mental, lo abstracto por sobre lo sensible, lo físico, lo afectivo. Este comienzo en/desde la experiencia invierte el sistema oposicional logocentrado. Entonces, reconocernos en esta escritura de a dos, como una experiencia en sí misma, donde nos reinventamos, nos des-conocemos para re-conocernos, nos cuestionamos, devenimos juntura, sin intención de síntesis. No nos mueve producir un nuevo conocimiento, sino reconocer nuestra potencia y posibilidad de detener la máquina (re)productivista, y dejar, laxa, firme, sugerente, a la experiencia de ser de a dos, en el marco de este proceso de revisar nuestros repertorios y praxis feministas.

En este inicio haremos espacio a una práctica-teórica que va y viene de la teoría a la práctica y de la experiencia al pensamiento para transitar hacia sentidos colectivos de transformación política. El valor epistemológico radica en hacer espacio a formas de conocimiento situadas en un aquí y ahora en el que la posición de la sujeto se configura subjetivamente, relacionamente, afectivamente y en contexto.

Nos habilitamos a hablar en primera persona para referir a la experiencia que nos subjetiva y de la que somos sujetas de/en la experiencia. Hace una década, aproximadamente hacia el 2010, formábamos parte del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas como becarias doctorales. No nos conocíamos. Nuestras derivas, sin embargo, hacían ecos sin que lo supiéramos.

Yo, Mariana. Justo cuando el paso de las becas doctorales de tipo I a tipo II permitía rediseñar los rumbos del plan de trabajo inicial pude colaborar en un proyecto bienal sobre las redes epistolares que Francisco Romero sostuvo en tiempos en los que se consolidaba la filosofía como disciplina en Argentina. Seleccioné del epistolario aquellos intercambios que sostuvo con mujeres. Por primera vez ya graduada como profesora, ejerciendo la docencia y desarrollando tareas de investigación para la escritura de mi tesis sobre un pedagogo mendocino, las mujeres se constituían, para mí, en objeto de investigación. Configuré un archivo precario desvinculado del canon filosófico de la historia occidental de la filosofía e incluso de los patriarcas del pensamiento latinoamericano para hacer espacio a las experiencias de mujeres que transitaron Nuestra América hablando la lengua no filosófica del normalizador de la filosofía. Un objeto otro en un formato otro, puesto que las cartas no suelen ser el lugar de la teoría, sin embargo, encontré entre ellas el pensamiento en acción, la filosofía práctica, la dimensión de la teoría que se ocupa y preocupa por lo inmediato de lo que nos pasa y qué nos pasa si no es otra cosa que la experiencia o lo que la experiencia hace con nosotras. Margarita Argúas, María Mercedes Berdada, Beatriz Bosch, Olga Cossettini, Carmen Gándara, Angélica Mendoza, Victoria Ocampo, Lidia Paradotto, así como la chilena Amanda Labarca, la puertorriqueña Concha Melendez, la mexicana Concha Romero James e incluso la española María Zambrano. Pude escribir algunas notas que titulé *La ausencia femenina en la normalización de la filosofía argentina. Notas al epistolario de Francisco Romero* y que fueron publicadas en el 2014 en la Revista Española de Estudios de las Mujeres. Impugné lo que para el pensamiento argentino ha sido considerado como la institucionalización de la filosofía, advertí, señalé y denuncié el olvido, la invisibilización, el silenciamiento que la normalización filosófica operó para instituirse.

Yo, M. Eugenia. En ese mismo 2010. Extraña en mi nueva pertenencia institucional. Dis-locada. Una trabajadora social en CONICET. Una rareza en aquel entonces. Predestinada para la intervención más que para la investigación. En ese momento mi interés primero era recuperar las perspectivas hegemónicas en la formación en Trabajo Social en el país, relativas al Estado, el Poder y la Política. Mis hipótesis aludían a una producción de ausencias en torno de corrientes teóricas y políticas que nos permitieran comprender el giro a la izquierda que la región venía transitando y las concomitantes transformaciones de la estatalidad. Aquel Estado no era el mismo del 2001. Yo lo sabía. Mi experiencia militante y mi trabajo en programas sociales me habían dejado marcas en el cuerpo, preguntas. El Programa Juana Azurduy, el de Promotores Territoriales, el Programa de Alfabetización Encuentro, donde había participado, habían operado como una suerte de ruptura epistemológica, conmoviendo mis supuestas certezas profesionales en el intercambio cotidiano con mujeres atravesadas por la deuda social y que a la vez que transitaban sus fragilidades, construían con una fuerza que yo no conocía, cuidados, luchas y proyectos en territorio. Buena parte de las corrientes críticas tiraban al niño junto con el agua sucia. Quedaban mudas frente a estas experiencias. A mi no me salían ni siquiera las preguntas adecuadas. Pero sí registraba señales de alerta. Cansancio en los hombros de repetir teorías ciegas. Y hambre. Mucha hambre de otra cosa. Habría de tener que esperar años, para nombrar con el nombre del feminismo muchos de estos deseos y problemas. No sé si puedo señalar una fecha exacta, porque no se trata de irrupciones violentas sino de procesos orgánicos. Miro para atrás, y están allí, todas las marcas que me fueron trayendo a este hoy. Cada vez que ensayo con Sara Ahmed la pregunta ¿Dónde te encontró el feminismo? Mi respuesta es siempre la misma y es siempre diferente: allí, donde me oyeron, allí donde me escuché.

Reparamos en estos inicios de nuestras trayectorias en investigación para detenernos a pensar, desde nuestra experiencia académica en el contexto de formación, producción, vinculación y transferencia, lo que construimos como conocimiento por un lado y, por otro la delimitación de un contra-canon y la emergencia de un archivo que desestabiliza los campos que habitamos, desbordándolos. El de la filosofía que se desborda entre el pensamiento latinoamericano, la filosofía argentina, la historia de las ideas, la educación alternativa, los estudios de género, las mujeres en Nuestra América. El del trabajo social, que se desborda entre el pensamiento latinoamericano, las teorías populistas, el giro decolonial, el pensamiento nacional, la militancia, la intervención social, las políticas públicas, el activismo, la perspectiva de género.

¿Cuáles son las preguntas que devienen de estas experiencias y que podrían habilitar a ahondar en otras prácticas de investigación situadas y en contexto para revisar nuestros supuestos epistémicos y metodológicos? ¿Es suficiente que una investigación tenga por objeto los pensares, los quehaceres, los padeceres de mujeres para que sea feminista? ¿Es necesario que quien emprende el plan de investigación sea una mujer para que las etapas de la investigación sean consideradas feministas? ¿Qué supone el giro transfeminista para pensar una investigación no esencialista, que aloje la pluriversalidad de corporalidades feminizadas y subalternizadas por el patriarcado? ¿Es posible hacer investigación sobre mujeres sin ser feminista? ¿Existe una distancia entre la investigación de/sobre mujeres y la investigación feminista? ¿Existe una epistemología, una metodología y técnicas específicas de los feminismos para hacer investigación feminista? ¿Cuáles son los aportes del feminismo a la investigación en ciencias humanas y sociales?

Las Universidades Nacionales así como los Consejos de investigación han financiado proyectos de investigación que contribuyen a la producción de conocimiento situado en Nuestra América; desde allí se establecen coaliciones políticas y alianzas ideológicas no sólo entre investigadores sino también entre estudiantes, graduados, becarios y tesis para la conformación y el sostenimiento de diversas líneas de investigación, campos teóricos, el sostenimiento del campo disciplinar, el fortalecimiento de marcos teóricos, la actualización de debates y la delimitación de áreas de vacancia. Aún así, la distancia entre indagaciones dirigidas por mujeres que toman por objeto de investigación a mujeres e investigaciones feministas es de considerar epistemológicamente: ¿la quién es sujeta de conocimiento? ¿Cuál es el vínculo que establece la investigadora con el “objeto” devenido sujeta de investigación en este tipo de investigación? ¿Qué es lo que se ha transformado en esa relación? ¿Cuál es el impacto de los privilegios de la investigadora en su propio territorio de estudio y qué lugar tienen en el proceso de investigación y/o de escritura? ¿Qué implicancias tienen el sexo, el género, la sexualidad, la clase, la raza, la edad, la generación, las comunidades de pertenencia de la sujeto de investigación sobre el conocimiento que produce? Hasta aquí las preguntas se sitúan entre las sujetos de investigación y lo producido entre/por/con ellos. Y todo esto, no es poca cosa, es un montón puesto que implica transformaciones radicales en la práctica investigativa, en los métodos a utilizar y en las técnicas.

Ely Bartra, pionera en investigación sobre mujeres dirá que es preciso deconstruir el conocimiento parcial y sesgado, construir un nuevo conocimiento sin sesgos y comunicar creativamente (2021, 21). Refiere a tres procesos de investigación: el contra qué, instancia que devela y enfatiza los procesos políticos de toda investigación feminista por ser antisexista, antiracista, contra toda homobisexualfobia; el qué, referido a la construcción de un conocimiento parcial, situado, precario y en contexto; el cómo, asumiendo que hay un modo de hablar los feminismos lejos del tono impersonal y desafectado apuesta a acuerpar en producciones joviales, metafóricas, irónicas cercanas a la literatura; a las narrativas ficcionadas emancipatorias, asumimos nosotras.

De este modo ingresamos a lo que conocemos como epistemologías feministas, es decir, las formas de conocer que algunas mujeres quieren practicar desde los feminismos de forma voluntaria e interesada para visibilizar y privilegiar ciertos puntos de vista y no otros. Aunque parezca arrogante, justamente de eso se trata; de visibilizar los intereses, deseos, malestares, afectaciones que nos atraviesan cuando decimos que con nuestras producciones deconstruimos los esencialismos, los universalismos, las totalizaciones, las posiciones binarias, los biologicismos, los naturalismos, las normalizaciones.

Ineludiblemente para hablar de investigación feminista tenemos que referir a una teoría del conocimiento feminista, es decir, a una epistemología feminista que considera quién puede conocer o generar conocimiento, lo que puede conocer, cómo puede hacerlo, a través de qué, entre quiénes y para qué; aún más, cómo legitimar o validar lo que construye como conocimiento o dicho de otro modo cómo hacer que nuestras creencias devengan conocimiento justificado para nosotras puesto que la objetividad fuerte no descansa en individualidades sino en los consensos, alianzas y coaliciones alcanzadas y sostenidas en la comunidad de académicas investigadoras docentes feministas activistas cuando asumimos que quienes producimos conocimiento ocupamos posiciones similares a las sujetas de investigación, en el mismo plano crítico de los “objetos” de conocimiento.

Sandra Harding (1993) propone sustituir la objetividad (débil, no feminista) desapegada, descorporizada, desinteresada que da lugar a posiciones racistas burguesas homofóbicas androcentradas misóginas por una objetividad (fuerte, feminista) arraigada a la materialidad, a la corporalidad, apegada, cuidadosa y amorosa. Desde el empirismo contextual, Helen Longino (1993) señala que la práctica científica resulta ser una práctica social colectiva asumida por una comunidad de individuos que comparten marcos teóricos, sistemas conceptuales, posiciones, compromisos a horcajadas del contexto de descubrimiento y el de justificación. ¿Cómo es posible la objetividad en términos feministas? Asumido que la proclamada universalidad ha sido un particularismo impuesto sobre otros y, la neutralidad siempre ha sido sesgada, andro-logo-centrada, se trata de una objetividad (auto)crítica, comunitaria, colectiva, interrelacional, contextual en la que la autoridad intelectual y epistemológica es compartida; todas y cada miembro de la comunidad es capaz de generar preguntas, temas, datos, conjeturas de trabajo persuasivas y decisivas.

Así, entonces, hablar de investigación feminista es referir a un punto de vista o perspectiva, a una metodología, a cierta posición política, a la preferencia de ciertas técnicas y, a la sujeto de investigación y las relaciones con lo que produce cuando sistematiza información, clasifica datos y arma estadísticas, divulga o transfiere. (Bartra, 2012, p. 67)

La potencia de esta práctica teórica no se diluye en la publicación de lo que tradicionalmente se conoce como “resultados de investigación” sino que opera meticulosamente desde el compromiso asumido en el inicio y renovado en cada etapa con la transformación, intervención, interrupción, subversión de las condiciones de vida de las mujeres en determinadas posiciones de un sistema de opresión, el patriarcado. De modo que desde el contexto de producción y, durante todo el proceso ciertas categorías propias de la teoría feminista aparecen con preponderancia—opresión, explotación, sistema sexo-género, relaciones de género, disidencias, diferencia, trabajo doméstico, tareas de cuidado, violencia machista— tanto como otras aparecen para nombrar lo que no tenía nombre—homicidios de odio, justicia patriarcal, feminicidios, femicidios, femigenocidios, femicidios vinculados—(Alvarado y Hasan, 2018).

3.1 Nudo 1: mudar / camuflar / travestir

La mujer es, como el hombre, un ser humano, pero tal afirmación es abstracta; el hecho es que todo ser humano concreto está siempre singularmente situado (...) A un hombre no se le ocurriría nunca la idea de escribir un libro sobre la singular situación que ocupan los varones en la Humanidad. Si quiero definirme, estoy obligada antes que nada a declarar: ‘soy una mujer’; esta verdad constituye el fondo del cual se extraerán todas las demás afirmaciones. (De Beauvoir, 2017, pp. 16-17).

Acaso debemos insistir a riesgo de caer en esencialismos en la pregunta ¿qué es una mujer?, abandonarla por completo o ayornarla en la pregunta contemporánea por la sujeto político de los feminismos. Permitámonos un merodeo para plantear el problema.

Atadas a nuestra subjetividad suele ser el lugar por donde solemos presentarnos algunas haciendo un uso político de una categoría que no sólo es genérica, mujer es una categoría social, pertenecemos a la clase mujer. Definidas por las relaciones sociales materiales de poder estructurales basadas en una lógica de apropiación física de una clase sobre otra—los hombres sobre las mujeres—en la que se pone en juego no sólo la fuerza de trabajo sino la sujeta reificada como máquina productora/procreadora de fuerza de trabajo. Nuestra corporeidad, nuestro sexo-género cis-heteronormado resulta ser el “fondo” material de nuestra existencia sobre el cual se monta todo lo demás. Pero ¿qué es todo lo demás? la fuente de lo irracional, de los apetitos, de los afectos, de los sentimientos, de la pasión; el útero ha jugado como la fuente, el sostenimiento y la continuidad de nuestra singularidad, la feminidad.

¿Cuáles son las posibilidades del uso de la palabra, de la escritura, del pensamiento, de la investigación para nosotras en un sistema logo-andro-centrado? ¿Qué lenguas podemos modular en una gramática que no nos hace espacio sino en nuestra singularidad? ¿Cómo tenemos que travestirnos para ocupar espacios y oficiar de académicas? ¿De qué nos tenemos que disfrazar para desbaratar el patriarcado que opera en las escenas del saber? ¿Cuáles son los nuevos disfraces que nos permitirán interrumpir la escena pública?

Cecilia Sánchez (2016), filósofa chilena, cuenta una historia para intentar responder a preguntas similares. La historia del entierro al que hemos sido sometidas en el relato de la historia de la humanidad. Por nuestra parte agregaríamos, en la historia colonial, moderna, occidental. La historia del Hombre con mayúsculas que viste con arrogancia el disfraz que le permite modular el habla del logos, de la razón, de la neutralidad, de la objetividad, de la universalidad. La otra historia, que corre por los márgenes, en los bordes, la historia baja y chiquita, las historias de las mujeres en plural ha quedado en el silencio, en el olvido, cubierta y enterrada ha sido invisibilizada. Nos desafía Cecilia a desenterrarnos o bien a disfrazarnos con disfraces por inventar o bien a salir de la escena o bien devenir escritoras, en todos los casos habilitarnos el habla. Tareas para nada excluyentes para quienes pretendemos hacer genealogías, cartografías o historia de mujeres o bien, investigación feminista.

A diferencia de nosotras el Hombre viste un disfraz que le tapa el cuerpo. Su cuerpo es una fabricación asexual. El artificio del patriarca, sostiene Sánchez, del que piensa y hace uso de la palabra es la de portar un cuerpo cuyo género no es ni masculino ni femenino. El no-sexo de la Humanidad se hace llamar Hombre una surte de eunuco, castrado, mutilado, sin afecciones, ni pasiones, ni deseos, descorporizado, insensible. Su homónimo en la tierra no llora ni habla de lo que siente, lo que padece, lo que lo afecta, lo que le pasa, no sabe cómo hacerlo; carece de lenguaje que lo habilite.

Hay una historia que no ha empezado porque todavía hay un tipo homogéneo de personas que hablan. Las mujeres que hablan todavía lo hacen disfrazadas de Hombre. (Sánchez, 2016, p. 116).

Hablemos, escribamos, leamos, herstorícemos nos interpela Mariam Pessah (2016) “Cuántas mujeres, a lo largo de cuántos años, se han hecho pasar por hombres para tener acceso al conocimiento” (Pessah, 2016, p. 104). Pero no hablemos la lengua del patriarcado, ni escribamos tan hetero, ni leamos tan blancas, ni historicemos clasemedieramente. Apelar a otros lenguajes en otros formatos nos permitirá modular otros tiempos para nuestras herstorias de rebeldías, resistencias y rebeliones.

Se apoya Mariam en un juego de palabras que toma del inglés para reemplazar el pronombre posesivo *his* por *her* en un gesto por querer apropiarnos de nuestros pasados para habilitarnos otros futuros por venir; para que no pensemos que el feminismo se inicia hoy con nosotras; para que no se piense que las mujeres nunca hablaron o pintaron o escribieron. Escribir historias es un modo de hacer investigación feminista porque nos lleva a preguntar-nos ¿Quién es la que escribe? ¿Quién tiene el tiempo de la escritura? ¿Cómo se define esa práctica? ¿En qué lecturas se apoya nuestra escritura? ¿Qué precisamos para ser escritoras? ¿Las mujeres somos publicables? ¿Cualquier mujer? ¿A quiénes citamos cuando escribimos? ¿Cuáles son nuestras referencias inevitables? ¿Cambiaría nuestra vida si nunca hubiésemos leído a una mujer? ¿Podemos alternar escritora por investigadora o feminista? ¿La alternancia conserva la potencia performativa como si esas posiciones fuesen móviles entre cualquiera de nosotras? ¿Es posible? ¿Es deseable?

Una herstory, disgregada y discontinua, desanclada de la historia, desobediente a su consolidación en el sujeto universal, el tiempo lineal, el progreso, el desarrollo, occidente, la modernidad y su otro lado, su producto: la colonialidad. Imaginar, inventar, producir otras futuridades desde otras modernidades habilitadas en/por la diferencia colonial, sería tal vez la estrategia para DESANCLAR la matriz colonial del ser, saber, poder, género. Este corrimiento radicaliza ciertas emergencias y desplazamientos epistemológicos:

- hacia territorialidades descentradas: Abya Yala, Nuestra América, Asia, África, América Ladina
- desde la exterioridad de los paradigmas norte-euro-centrados
- a través de los espacios desprestigiados y dislocados
- con voces subalternadas

¿Cuáles son los desafíos y los obstáculos epistemológicos que estas emergencias y desplazamientos acarrearán para nosotras cuando hacemos investigación feminista?

Esta pregunta no es menor. Porque en este primer nudo, nos propusimos mudar, camuflar, travestir. Y un nudo no es una línea. Nuestra apuesta no es una receta. Entonces nos surge la pregunta por los límites y los riesgos del mudar, del camuflar y del travestir. Y no podemos transitar los recodos de este nudo, sin hacernos cargo de dos grandes debates: el de los esencialismos y el de los extractivismos.

Nos hemos propuesto no escribir tan blancas, ni tan clasemedieras, ni tan hetero, ni tan cis. Pero ¿no somos acaso (también) eso? ¿Qué estrategias nos damos para objetivar nuestros privilegios, para operar un deslinde? ¿Es posible un movimiento de este orden? ¿Cómo se ensaya? La filosofía occidental ha ofertado múltiples movimientos de des-asimiento: la epojé (Husserl), la deconstrucción (Derrida), la des/re/territorialización (Deleuze), el pasaje de clase en sí a clase para sí (Marx) No está mal. Como apunta De Sousa Santos (2006), respecto de las teorías modernas, de lo que se trata no es de impugnarlas, es de retrabajarlas. Pero nosotras queremos enfatizar que intuimos que el movimiento no es del orden de las conciencias sino de las corporalidades. Debe operar una cierta radicalidad. Una materialidad. Un leernos a contrapelo. Entonces no se trata solo de (re)conocer nuestros privilegios desde una lógica crítica-analítica, sino de ensayar una fenomenología feminista que nos permita leer

nuestras propias corporalidades, deseos, miedos, formas de ocupar los espacios o de retirarnos de ellos, maneras de intervenir nuestra propia imagen. ¿Y cómo leernos sin espejo? Mudarnos es entonces (re) conocernos en la otredad. Esto no implica ocupar el espacio de otros. Implica reconocer esa otredad silenciada e invisibilizada. Y reconocerla supone conocerla, pero ahora de otro modo, ya no con las herramientas del amo. Hablamos de los múltiples sistemas de opresión que se entrelazan en la matriz de dominación (Hill Collins) que intersecta los cuerpos: clase, género, edad, raza, sexualidad, capacitismo, lengua, entre otros. Mudarnos es entonces ensayar escapes de los mandatos previstos para la clase mujer (Wittig). Tensionemos, reinventemos los bordes de la máquina cis-heterosexual, para devenir otras. Hagamos orificios en los tabiques, aprendamos de las reivindicaciones travas del derecho a ser monstruas (Susy Shock). No ocupemos el espacio de otros. Deslindémonos del gesto extractivista de adueñarnos de los feminismos que no parimos y no habitamos a diario. Pero sí tengamos la lucidez de dejarnos interpelar por ellos. Mudémonos, y hagámoslo dos veces. Mudémonos del canon andro-norte-euro-centrado, y registrémonos como habitantes de nuestra propia piel. Hagamos ese gesto fanoniano de reconocernos habitantes de nuestras cuerpos con todo el dolor y la potencia que eso supone. Conectemos con el Sur que somos y habitamos, pero ya no desde el extrañamiento de pensar nuestro territorio desde la lente norturocentrada, sino desde nuestros propios pies. Mudemos como un modo de reconectarnos con quienes somos. Y si logramos eso, ¿cuánto habremos recuperado! Pero no nos quedemos allí. Hagamos del nomadismo un tropo político. Mudémonos otra vez. Afuera de los límites de la ciudad letrada, sentémonos a la ronda que cocina esos saberes subalternizados de los feminismos otros, los que no se llaman feminismos, a la escucha de las prácticas de los cuerpos abyectos y perseguidos, escuchemos, escuchemos de verdad, no para hacernos de las respuestas a las cuatro preguntas de un guión de entrevista, escuchemos con el cuerpo la herstory larga de la herida colonial patriarcal aún abierta, y agradezcamos la oportunidad que este diálogo de saberes nos habilita, de camuflar las formas de ser y estar con las que los guiones de felicidad (Ahmed, 2021) patriarcales coloniales nos tenían maniatadas a nosotras, mujeres cishetero blancas queriendo devenir desclasadas.

Hablemos entonces, de qué es para nosotras esa escucha otra.

3.2 Nudo 2: escuchar/ hacer audible

Si ensayáramos una crítica radical de la materialidad de la historia de la investigación en ciencias sociales y humanas, quizás, como saldo no nos quedaría mucho más que la cruda genealogía del uso sistemático de la vista y el oído al servicio de la concentración del capital, de la colonización de los territorios y el disciplinamiento de los cuerpos racializados y feminizados. Necesitamos una reflexividad feminista y una ética de la ira (Scarpino, 2021) para desasirnos de esa historia, para exorcizarnos de esos mandatos. Y necesitamos habitar la pregunta: ¿podemos ensayar una vista y un oído otros? ¿Será posible agenciarnos de ojos que no se alíen a los mandatos panópticos del control, que se salgan del camino de la mirada pornográfica (Segato, 2014) del mirar para extraer beneficio propio? ¿Podremos agenciar una escucha que no se anime por la exigencia de las contrastaciones empíricas de las teorías hegemónicas del norte sino que con-tacte al mundo para dejarse afectar por lo Otro, con la esperanza de eludir los guiones de vida impuestos por el mercado de subjetividades hegemónicas?

No podemos nadar en este mar de preguntas sin Spivak (2003), sin Butler (2018). No podemos interrogarnos sobre la escucha sin indagar sobre las voces y las sorderas. Y sin visibilizar los múltiples dispositivos de ese “entre” que funge entre lo (no) dicho y lo (no) oído. Hay una voz, que es un grito. Hay dispositivos que la capturan, la modulan, la silencian, la obliteran. Hay un oído que recepciona el timbre intervenido de ese grito, que devino susurro, que devino ruido inhumano.

Así, los dolores y aberraciones que genera el colonialismo moderno patriarcal impactan en cuerpos subalternizados que aúllan mas no hablan en tanto operan a la par de esos mecanismos de extracción y limitación de vida, dispositivos complementarios que garantizan que cualquier reclamo o intento de visibilización de esas injusticias no sea reconocido ni audible.

El problema es complejo, circular. ¿Pueden hablar colectivos que no son reconocidos como sujetos plenos de la polis? Mas, ¿pueden ser reconocidos sujetos de la polis quienes tienen su voz capturada?

De Sousa Santos (2006) expresa que las teorías sociales de la modernidad afirman que no hay esperanza, pero la experiencia nos muestra que sí. Los feminismos nos han cobijado en múltiples ensayos que nos permitieron a las mujeres y disidencias del Sur global, corporizarnos, y por tanto hacernos audibles desde los sures del Sur. Esa voz no solo se suma como un nuevo estímulo informativo o consigna en la agenda pública. Esa voz tuvo que crear sus propios canales o códigos y hacerlos comunes. Lo personal es político. Esta consigna quiere decir muchas cosas. Y una de ellas es que tuvimos que transmutar espacios, circuitos y códigos que estaban desinvertidos de politicidad, en superficies de construcción de lo común: muros, talleres, salas de comedores, cocinas de las casas, pasillos de las universidades, salas de parto, esquinas “rojas”, blogs, redes sociales, veredas... Allí gestamos resistencias y complotamos contra el silencio. Pero también tuvimos que resignificar y apropiarnos de espacios que nos eran vedados: la calle, las bancas de los órganos colegiados y de la representación política, las sillas de la gestión, de la administración del conocimiento, del financiamiento de las deudas. Y esos movimientos también fueron complejos, porque supusieron y aun suponen el desafío de habitarlos con lógicas otras a las coloniales, a las androcéntricas, logofalocentradas, cis-hetero-centradas.

Se escucha con la piel. Se escucha el ruido de las lágrimas que caen. Se escucha el silencio. Se escucha el color de una voz. Una de las múltiples operaciones que vamos registrando es la de escuchar con el cuerpo. Con-tacta-mos con la yema de los dedos. En nuestras intervenciones áulicas, en nuestros procesos de investigación, vamos registrando spinozianamente lo que puede un cuerpo que escucha. Lo que puede en términos de regeneración propia, y lo que puede en términos de sanación de esa voz encarnada que dice, que balbucea, que se registra a sí misma frente a la invitación a decir(se). Escuchar puede ser abrazar: animarse a sostener la fragilidad que se agita en un sollozo que finalmente logra salir del cuerpo. El habla de la otra es ese agitar. Nuestro abrazo escucha diciendo, y dice en silencio: estoy acá, estamos rotas, pero al decir (con o sin palabras) nos estamos sanando.

Hemos notado que construir espacios de co-formación, indagación, traducción de saberes y construcción de conocimiento desde estas lógicas producen cambios significativos. La escucha del dolor mudo, habilita la emergencia de la voz articulada. Se trata de reinventar nuestros espacios. Hacer de esos sitios que fueron catedrales del disciplinamiento (aulas con tarimas, comandadas por el silencio sepulcral, solo rasgado por la voz erudita, que infundía el terror a la desaprobación y la impugnación de la ignorancia), lugares de encuentro, libertad, expresión y paridad. Tomamos elementos de la propuesta de Hill Collins, de creación de “espacios seguros”. No siempre se trata de crear nuevos dispositivos, sino de reinventar los viejos. Esto es descolonizar y despatriarcalizar. Entonces el aula, la reunión con becarias de investigación, el taller, se vuelven tiempos-espacios donde no se trata de repetir y citar, sino de llorar, reír, abrazar, reflexionar, caer en la cuenta de..., construir. Esa materia es sentipensante. Y se trabaja en bucles colaborativos. Porque lo que sentimos se sostiene por pensamientos que en ocasiones nos dejaron ancladas en claves interpretativas perversas, atravesadas por la culpa y la desesperanza. Así al hacer audible nuestra experiencia, la podemos deconstruir. Y al deconstruirla podemos transformarnos.

Pero escuchar también es escucharnos. Y escucharnos no es solo una tarea de orden introspectivo sino que es ella misma ante todo, desafío colectivo. Rodríguez (2018) define a la auto-biografía y la corpo-biografía feminista como una herramienta descolonial contra el saqueo metodológico. Una escucha feminista de nuestra singularidad necesita, ante todo, del resorte colectivo de otros cuerpos feminizados que nos hagan de espejo para reconocer nuestras propias heridas, de sostén para cuando intuyamos que lo que vamos a reconocer de nosotras nos va a doler hasta los huesos. Porque escucharnos duele, pero también libera. Entonces la escucha singular mediada por la ronda colectiva es una escucha eminentemente política, porque nos permite pergeñar estrategias para que Nunca Más, eso que nos atravesó, atravesase a otras.

Esta apuesta se vincula con el uso de la primera persona que ya Hill Collins proponía. En esa línea reivindicamos:

...la escritura en primera persona, y el reconocimiento del potencial cognoscitivo de la experiencia corporal, y los esfuerzos por afianzar una estrategia metodológica que permita registrar (dar forma textual) y hacer consciente el cuerpo, que sacuda los cimientos tradicionales discursivos de la ciencia, y presente medidas de protección frente al saqueo metodológico y el extractivismo epistémico/cognitivo. (Rodríguez, 2018, p. 1)

No escuchamos solamente nuestra herstory y la de nuestras hermanas. Escuchamos la herstory de nuestros cuerpos que es algo distinto. Las palabras con las que ordenamos la cronología de la historia han sido palabras prestadas (o impuestas) por el discurso patriarcal. No podemos hacer una escucha feminista con las herramientas del amo (Lorde, 1979). Entonces, nos disponemos a un viaje. Viajar al registro silenciado de nuestro cuerpo. A eso (no) dicho en su momento, que quedó encapsulado como sentir antes del logos. Lo rescatamos, lo bordamos en una prosa colectiva, una narrativa libertaria que nos permite finalmente desasirnos del relato patriarcal de nuestras fragilidades, culpas y desatinos, para reinscribirnos como cuerpos feminizados con agencia, capacidad de sentir, de reconocer ese sentir y de articular discursos otros arraigados en esas experiencias. Las violencias pasadas no se reeditan, sino que se reelaboran para frenar los ciclos, para exigir justicias, para sanar, para habilitar formas otras de ser y hacer.

Pero debemos tener tantos cuidados para no reeditar las operaciones del amo. Una de ellas fue, es y seguirá siendo, la del extractivismo. Recuperamos aquí aportes que desde las metodologías feministas se vienen ensayando en vistas de combatir el extractivismo cognitivo (Simpson & Klein, 2017). Éste no guarda una relación de exterioridad con las formas explícitas del extractivismo que la conquista, el colonialismo y la colonialidad supieron y saben agenciar. El extractivismo cognitivo es un buen aliado del extractivismo económico colonial que saquea la naturaleza y saquea los cuerpos, propiciando la apropiación de saberes ancestrales por parte de empresas pero también de los *think tanks* de la ciudad letrada funcional al imperio.

En Hermida y Roldan (2022) señalamos que el problema del extractivismo merece ser pensado durante todo el proceso de investigación, y no solo en lo que refiere al trabajo de campo. Entonces los desafíos de este nudo que implica escuchar/hacer audible, sin asimilar, ni apropiarnos, ni robar, ni deforestar universos simbólicos para quedarnos con las regalías del capital científico del haber “descubierto” una “idea”, suponen ampliar la pregunta. No se trata entonces solo de propiciar escuchas cuidadas en el trabajo de campo, o de “volver al territorio” con una copia impresa de nuestras tesis. Propiciar lógicas no extractivistas, supone una implicación desde el inicio de/en nuestro caminar. Un ejercicio de co-construcción de nuestros interrogantes y objetivos de investigación, una apuesta por articular con las agendas de los sectores populares, los colectivos feministas, las otredades con quienes queremos construir alianza y conocimiento. Como apuntábamos en Hermida y Roldan (2022), conjurar el extractivismo no se subsume a la “divulgación de resultados”, sino también a la pregunta por la “necesidad de esos resultados” en términos de aportar a las disputas por el acceso a los derechos. Y en el marco del proceso todo, diseñar propuestas de trabajo de campo que tengan valor en sí mismas para los colectivos con los que trabajamos. Es decir, que no sean solo momentos de “extraer/recoger” datos, sino procesos cuidados que habiliten experiencias significativas, que sean reparadoras, respetuosas, que permitan generar lazos, propiciar agencias, co-construir aprendizajes, desde una lógica de diálogos y traducción de saberes (De Sousa Santos, 2006).

No se trata entonces de “comenzar a escuchar” sino de deconstruir las formas de escucha que nos enseñaron. Y no se trata entonces de “hacer audible” con la clásica fórmula de la vanguardia iluminada de “ser voz de los que no tienen voz” sino de intervenir los códigos políticos comunes para que el grito que sigue desgarrando nuestramérica desde hace 500 años deje de estar sepultado por interferencias coloniales y podamos transformar(nos) con su eco.

3.3 Nudo 3: articular/ corporizar/ territorializar

Escuchar no es un paso previo a la transformación. Una escucha otra hace, transforma. Es condición de deconstrucción, es experiencia de sanación, es agencia, en pensamiento sentido. Ahora bien. Ya nos mudamos y ya escuchamos. Entonces: ¿qué hacemos desde este locus de enunciación, que es el de nuestro propio cuerpo desfronterizado, al que nuestro nomadismo crítico nos trajo? ¿Dónde ponemos lo dicho y lo oído? ¿Cómo lo colocamos ahí? ¿Para quiénes?

Si Deleuze y Guattari (2010) nos proponía desterritorializar como forma de devenir menores, devenir mujeres, devenir animales, es de decir de escapar del territorio delimitado por las máquinas de obstruir el deseo en tanto agencia política, los feminismos comunitarios nos proponen territorializar como una forma de revertir el deslinde cuerpo/tierra que la modernidad colonial patriarcal operó. Estas desconexiones y reconexiones son políticas, son colectivas, son herstóricas.

A la escucha de los feminismos latinoamericanos; entre Aura Cumes (2012) y Lorena Cabnal (2010) se tejen las tramas del feminismo indígena comunitario en Guatemala. Entre el patriarcado ancestral originario y el patriarcado occidental moderno modulan resistencias en la defensa del cuerpo-tierra-territorio desde el acuerpamiento contra el despojo y el extractivismo. La vinculación cuerpo-tierra con territorio-tierra se despliega en el cuidado a la vida, con el buen vivir, en comunidad. cuerpo-tierra es el primer espacio que necesita ser sanado de las violencias del entronque patriarcal. Este proceso de recuperación y resistencia se vincula con la espiritualidad ancestral. Desde la propia memoria cosmogónica se sana una junta a la otra, esta operación se denomina acuerpamiento en términos de Lorena Cabnal (2017).

Este corporizar territorializando nos habilita algunas preguntas. Una es la de las condiciones y contextos de producción de los discursos. De todos. Incluso los feministas. Sobre todos los del Sur. Un movimiento interesante en esta línea es el que nos propone Carla Akotirenne (2018) cuando nos invita a revisitar las apuestas del feminismo negro brasileño en torno al enfoque interseccional. Encontramos aquí una crítica a la captura distorsionante y extractivista de cierto feminismo blanco liberal encastrado en la prosa de determinados organismos internacionales, que resignifica el feminismo negro interseccional como feminismo interseccional, obviando las condiciones materiales y los cuerpos que parieron estas reflexiones. A su vez, dentro del mismo feminismo negro, reivindica territorializarnos desde esta Amefrica Ladina que Lelia Gonzalez (1988) militó, haciendo audibles los aportes de los feminismos negros brasileños. Esto no implica impugnar los aportes del feminismo afroamericano y las tesis de Crenshaw, bell hooks, Patricia Hill Collins, Angela Davis, y tantas otras, sino contactar las texturas, escuchar las modulaciones, caminar las itinerancias de este feminismo negro brasileño que supo y sabe dar cuenta de la singularidad de la herida colonial patriarcal racial nuestroamericana.

Hace una década transitábamos un proceso singular en Nuestra América, nominado como giro a la izquierda en la región, o nueva primavera democrática, o asunción de gobiernos populares. No entraremos aquí en debates ni caracterizaciones sobre las disímiles experiencias que se dieron en ese marco, ni las interesantes transformaciones que en muchos casos se propiciaron, ni los errores que se cometieron, ni las persecuciones que la lógica imperial del Norte no dudó en instrumentar. Pero sí queremos recuperar la emergencia del significante “articulación” como clave analítica para pensar lo político en este siglo XXI que aún sigue iniciando. Un concepto de relevancia fue sin dudas el propuesto por Laclau y Mouffe (1987) cuando recuperaban las nociones de Hegemonía y Pueblo, y asociadas a estas el proceso que denominaron como construcción de la cadena equivalencial de demandas. Este movimiento suponía la articulación de demandas de diversos colectivos, no subsumibles unos a otros, que manteniendo sus identidades y agendas, lograban articular(se) a partir de la configuración de un significante vacío que operaba como denominador común. Suena bien. Pero es complejísimo. Si pensamos en la agenda feminista, vemos cómo emergen debates encarnizados que desestabilizan constantemente estos procesos de articulación. Un indicador por caso: este 2022 tendremos dos encuentros de mujeres en nuestro país. Es que lo colonial y lo patriarcal, que en este ensayo venimos uniendo sin más explicación, y que desde nuestra visión supone la imbricación genealógica de procesos concomitantes, es también un territorio en disputa, en tanto el estatuto de la relación entre ambos sistemas de opresión, y la potencial prevalencia de uno sobre otro, sigue siendo materia de debate. Ya lo han señalado, con posiciones diferenciadas bell hooks, Maria Lugones, Rita Segato, Silvia Rivera Cusicanqui y Lorena Cabnal, entre otras.

En este complejo escenario nuestro aporte es por demás humilde. Volver a las prácticas, a las rebeldías, a las resistencias. La apuesta de la democracia radicalizada pone el foco en la demanda: su contenido y su articulación con otras. Creemos que tan importante como el logos es la agencia. Forma y contenido son inescindibles diría Deleuze. Así, “acuerpar”, “corporizar” son prácticas de resistencia para hacer factible el “articular” y “territorializar”. Esta intuición la hemos registrado de nuestras propias experiencias investigativas y desde el ejercicio docente.

¿De qué prácticas hablamos? De las del tiempo compartido, las de la recreación, la de los (des) encuentros, las del con-tacto, las del desarme de las lógicas verticalistas, homogeneizadoras, ninguneadoras e invisibilizadoras, el uso del diálogo en vez del debate contradictorio que nos propuso Hill Collins desde su epistemología feminista negra, la ronda, el registro de las temporalidades otras que apuntara De Sousa Santos (2006), el (des)aprendizaje de técnicas de enseñanza y construcción de datos, la apuesta por narrativizar nuestras experiencias como fuente de conocimiento situado, la habilitación de la lógica de lo lúdico como espacio-tiempo valioso para la emergencia de saberes, el tránsito colectivo por experiencias estéticas que nos reencuentren como cuerpos afectados.

Estas prácticas que se salen del *canon* hegemónico nos permiten articularnos. Porque nos habilitan la conexión, la reedición del lazo social, no como presupuesto de la ciencia política liberal, sino como la experiencia de cuerpos afectados que nos hacemos cargo les unes de les otros. El androcentrismo también opera como código ordenador de la lógica política activista militante. Prácticas vetustas denominadas coloquialmente como “poronguear”, mostrar “quien la tiene más larga” para ganarse la prerrogativa de “conducir” el rompecabezas de organizaciones y colectivos que disputan poder, nada tienen que ver con la idea de articulación que queremos expresar. Nuestra articulación es política, y por tanto está atravesada de tensiones y conflictos. La forma de reconocerlos, definir las operaciones que implica hacernos cargo de ellos (tramitarlos, resolverlos, respetarlos, mantenerlos vivos y latiendo sin pretensión de síntesis, al modo *ch'ixi* que Rivera Cusicanqui (2018) propone, registrarlos en clave de potencia) es una forma de salir de la encerrona, para poder seguir bregando por esas futuridades que nos merecemos.

Como feministas del Sur, un tema que nos convoca particularmente es el de la articulación academia/activismos. Nos interesa problematizar el deslinde academia/territorio. En nuestro caso, la academia es también nuestro territorio. Una academia atravesada por múltiples aporías. Una academia que es academia del Sur en el sentido que es nuestroamericana, pero también en el sentido de que nosotras somos académicas-periféricas, en tanto no-porteñas, en tanto mujer-filósofa en un campo donde la sobrerrepresentación de varones es indiscutida y alarmante, y en tanto mujer-trabajadora social, corporizando un oficio subalternizado y precarizado en/por la academia. No queremos repetir los errores de Betty Friedan, y ocupar con ríos de tinta el magro espacio destinado a la agenda feminista en nuestras sociedades con nuestros *white whomans problems*. Pero sí queremos decir que si no nos ocupamos nosotras de registrar y revertir esas subalternidades de estos territorios que habitamos, ¿quién lo hará? ¿los varones blancos de la ciudad letrada? A su vez, el carácter sistémico del patriarcado colonial nos impele a hacernos cargo de las transformaciones que nos tocan. Una investigación otra y una docencia otra no resolverán todos los problemas de la agenda feminista, pero por lo pronto harán un aporte en desactivar mecanismos androcéntricos en estos campos que impactan de manera directa

en diversas experiencias sociales, territoriales, culturales. Entonces para nosotras no hay una relación de exterioridad entre academia y territorio, así como tampoco la academia puede presentarse a sí misma como el territorio sin más, ni creer que porque “habla” de ciertas cosas las “habita”. Tampoco podemos derivar a la función de extensión universitaria el “trabajo con el territorio”. Como feministas habitando la academia tenemos que disputar la ocupación de espacios de gestión y cogobierno que nos permitan transformar nuestras universidades de tal forma que el derecho a la educación universitaria sea garantizado para todes les ciudadanes, sin distinción de clase, raza, género y sexualidad. La academia hoy sigue imaginando un modelo de estudiante joven, de clase media, heterosexual, sin cargas familiares ni laborales. El acceso de todes a la Universidad es un punto importante como también lo es la revisión de las agendas investigativas de nuestras universidades y agencias científicas en términos de intereses estratégicos de los colectivos atravesados por la herida colonial patriarcal, y de formas de construcción de conocimientos.

4. Conclusión

Nos propusimos con-tactar-nos a la distancia para seguir con el problema de qué hacemos cuando decimos que hacemos investigación feminista. Pudimos tramitar las preguntas respecto a qué indagamos, entre quiénes y hacia dónde desde nuestra experiencia académica en los inicios de nuestras trayectorias en investigación para detenernos a pensar en conversación los contextos de formación, producción, vinculación y transferencia visibilizando nuestro locus de enunciación, visitando críticamente algunos de los aportes de los feminismos del Sur, advirtiendo nuestra ceguera epistemológica, a la escucha de otras voces, delineando cuerpos y territorios, desarmando el archivo, explorando otras formas de construcción, de desobediencia, de diálogo, de articulación, de coalición y traducción.

La travesía nos permitió transitar las derivas de los feminismos del Sur para cartografiar algunos de sus itinerarios; nos detuvimos específicamente en los aportes de los feminismos latinoamericanos y decoloniales: los comunitarios, los indígenas, los afroamericanos. Advertimos aportes, ampliaciones e interrupciones epistemológicas históricamente subalternizadas y minorizadas en los debates hegemónicos de las ciencias sociales y humanas cuando de la producción de conocimiento se trata.

Abrazamos las herramientas teórico-epistémicas que nos permitieron desordenar, desprender y subvertir la organización de nuestros materiales de investigación, nuestras conjeturas de trabajo, nuestras preguntas de investigación, las fronteras de los campos disciplinares que habitamos y nuestras intervenciones en el territorio.

El enfoque (auto)biográfico anclado en las experiencias personales, colectivas e institucionales nos permitió corporizar lo que decimos y lo que hacemos cuando escribimos porque referir a la investigación feminista es situar el conocimiento en una epistemología y una metodología específica que anuda a quiénes conocen como sujetas de conocimiento capaces de conocer, de generar conocimiento, de transmitirlo, divulgarlo y administrarlo deseando y apostando a consensos alianzas y coaliciones sostenidas en la comunidad que está dispuesta a cuidar.

Los anudamientos que nos sostuvieron en con-tacto entre nosotras en esta travesía los modulamos en tres apartados: mudar/camufflar/travestir; escuchar/hacer audible; articular/corporizar/territorializar. Anudamientos que habilitan a des(a)nudar la vista, la palabra, las posiciones y la escucha, a desanclar nuestras herstorias, a desprender nuestros cuerpos. Estos movimientos, tensiones, cortes y nudos nos desplazan hacia territorialidades descentradas de los nortes, desde la exterioridad de la episteme moderna colonial patriarcal, juntas a sujetas subalternizadas y vidas precarizadas apostando en mundos por venir en pasados que anuncian futuros no sidos aún. Corporizadas y acuerpadas para articularnos sin asimilar, ni apropiarnos, ni robar, ni deforestar -porque aprendimos que la exacción que opera el extractivismo es la de quitarle la posibilidad de (auto)representación a les otros—ingresamos a los saberes, quehaceres y tecnologías de Aura Cumes, Lorena Cabnal y Carla Afotirenne para visitar nuestras prácticas-teóricas desde los feminismos indígenas comunitarios y el feminismo negro brasileño y revisar.nos en lo que todavía nos nombra mujeres blancas cuarentonas académicas clase-medieras feministas docentes activistas investigadoras. Entramos al bordado de este texto siendo unas, salimos siendo otras.

5. Referencias

- Alvarado, M. (2017). “Experiencia” y “punto de vista” como aperturas epistemológicas para una historia de las ideas de las mujeres del Sur. *RevIISE—Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 9(9). <http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/reviise/issue/view/15/showToc>
- Alvarado, M. (2017b). Interrupciones en Nuestra América, con voz de mujeres. En M. Alvarado, y A. DE OTO, (Edit.). *Metodologías en contexto. Intervenciones en perspectiva feminista/poscolonial/latinoamericana* (pp. 33-48). CLACSO. <https://cutt.ly/QC2Eb5L>
- Alvarado, M. (2018). Junturas teóricas para los feminismos del Sur. *Hermenéutica Intercultural: revista de filosofía*, (30), pp. 87-110. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6795234>
- Alvarado, M. y Fischetti, N. (2018). Feminismos del Sur: alusiones, elusiones, ilusiones. *Pléyade. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 22, 87-105. <https://cutt.ly/EC2Ri26>
- Alvarado, M., Fernández Hasan, V. (2018). Cartografía de la violencia machista: narrativas feministas para un análisis de los femicidios. [Ponencia]. V Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos. <https://cutt.ly/SC2RYlw>
- Akotirene, C. (2018). *O que é interseccionalidade?* Letramento.
- Bartra, E. (2021). ¿De qué hablamos cuando hablamos de investigación feminista? En A. Guzmán Arroyo. *Escrituras Anfíbias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América*. UNC.
- Bartra, E. (2012). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En N. Blazquez Graf. *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. UNAM.
- Biglia, B. (2014). Avances, dilemas, y retos de las epistemologías feministas en la investigación Social. En I. Mendía Azué, M. Luxpan, y M. Legarreta (Eds.). *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*. Gipuzkoako Forum Aldundia.
- Butler, J. (2018). *Cuerpos que importan*. Paidós.
- Cabnal, L. (2017). Tzk’at, Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo comunitario desde Iximulew-Guatemala. *Ecología Política*, 54. <https://www.ecologiapolitica.info/?p=10247>

- Cabnal, L. (2010). Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala. En L. Cabnal, y A. L. Segovias (Comp.). *Feminismos diversos: el feminismo comunitario* (pp. 11-25). ACSUR-Las Segovias.
- Carosio, A. (2017). Perspectivas feministas para ampliar horizontes del pensamiento crítico latinoamericano. En M. Sagot (Coord.). *Feminismos, pensamiento crítico y propuestas alternativas en América Latina*. CABA, CLACSO.
- Cumes, A. (2012). Mujeres indígenas, patriarcado, colonialismo: Un desafío a la segregación comprensiva de las formas de dominio. *Anuarios hojas de Warmi*, 17, 1-16. <https://revistas.um.es/hojasdewarmi/article/view/180291>
- Curiel, O. (2014, junio). Hacia la construcción de un feminismo descolonizado. En Y. Espinosa Miñoso, D. Gómez Correal, y C. Ochoa Muñoz. *Tejiendo de otro modo. Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp. 325-334). Universidad de Cauca.
- De Lauretis, T. (2000). *Diferencias: etapas de un camino a través del feminismo*. Horas y Horas. Cuadernos inacabados 35.
- De Sousa Santos, B. (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires)*. CLACSO.
- De Sousa Santos, B. (2006). *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. Fondo editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2010). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Espinosa Miñoso, Y. (2014). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *Revista El Cotidiano*, (184), 7-12. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32530724004>
- Fox Keller, E. (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Alfons el Magnanim.
- Fox Keller, E. (2000). *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*. Manantial.
- Gandarias Goikoetxea, I. y García Fernández, N. (2014). Producciones narrativas: una propuesta metodológica para la investigación feminista. En I. Mendia Azkue y B. Biglia (Coord.). *Otras formas de (re)conocer: reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*.
- Gonzalez, L. (1988). A categoría político-cultural de amefricanidade. *Tempo Brasileiro*, (92/93), 69-82. <https://cutt.ly/1C2OfMy>
- Haraway, D. (1999). Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/ble. *Política y Sociedad*, 30, 121. <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO9999130121A>
- Haraway, D. (1995). Conocimientos Situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway. *Ciencia, ciborgs y mujeres* (pp. 313-346). Cátedra.
- Haraway, D. (1991). *Simians, cyborgs, and women*. Routledge.
- Harding, S. (1986). *Ciencia y feminismo*. Morata.
- Harding, S. (1993). Rethinking Standpoint Epistemology: 'What Is Strong Objectivity'? En L. Alcoff, & E. Potter (Eds.) *Feminist Epistemologies* (pp. 49-82). Routledge.
- Hermida, M. E. y Roldán, Y. (2021). Lo epistemológico es político. Del sentido común academicista a lo común sentipensado. En P. Scarpino, O. Maritano, y P. Bonavitta (Comp.). *Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América* (pp. 215-235). Colecciones del CIFYH. <https://cutt.ly/eC2AWpl>

- Hermida, M. E. y Roldán, Y. (2022). Feminist research in Social Work: epistemological-methodological keys from the South. En C. Nobile. *Feminism and Social Work*. Routledge.
- Hermida, M. (2020) Capítulo 5: La asistencia desde una crítica de lo colonial patriarcal: aproximaciones interseccionales para configurar lo asistencial como derecho. En M. Campana, y M. Hermida. *La asistencia como derecho. Por una Ley Nacional de Asistencia Social*. Espacio Editorial
- Hill Collins, P. (2002). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*. Routledge.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI.
- Longino, H. (1993). Subjects, power and knowledge: Description and prescription in feminist philosophies of science. En L. Alcoff, y E. Potter (Eds.). *Feminist Epistemology* (pp. 101-120). Routledge.
- Lodre, A. (1979). Las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo. *Sentipensares Fem*. <https://sentipensaresfem.wordpress.com/2016/12/03/haal/>
- Pessah, M. (2016). La preciosidad de la palabra escrita O... de huellas y pasos que combaten la invisibilidad herstórica. *Solar Revista de Filosofía Iberoamericana* 12(1), 91-106. <https://revistasolar.pe/index.php/solar/article/view/132>
- Preciado, P. B. (2021). *Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas*. Editorial Anagrama.
- Ripamonti, P. (2017). Investigar a través de narrativas: notas epistémico-metodológicas. En M. Alvarado, y A. De Oto. *Metodologías en contexto: intervenciones en perspectiva feminista, poscolonial, latinoamericana* (pp. 83- 104). CLACSO.
- Rodríguez, R. (2018). De la auto-biografía a la corpo-biografía feminista. Herramientas descoloniales contra el saqueo metodológico. *VI Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales (ELMeCS). Innovación y creatividad en la investigación social: Navegando la compleja realidad latinoamericana*. Universidad de Cuenca.
- Rodríguez, R. P. & da Costa, S. (2020). Descolonizar las herramientas metodológicas. Una experiencia de investigación feminista. *MILLCAYAC—Revista Digital de Ciencias Sociales*, VI(11), 13-30. <https://www.redalyc.org/journal/5258/525867920001/html/>
- Rubilar Donoso, G. (2015). Prácticas de memoria y construcción de testimonios de investigación. Reflexiones metodológicas sobre autoentrevista, testimonios y narrativas de investigación de trabajadores sociales. *Forum Qualitative Social Research*, 16(3), 1-30. <https://repositorio.uc.cl/handle/11534/59172>
- Sánchez, M. C. (2016). Escenas del saber y la escritura. Desentierros y vestuarios. *Solar*, 12(1), 107-119. <https://cutt.ly/cC9p56I>
- Scarpino, P. (2021) ¿Necesitamos de una ética? Interrupciones feministas, decoloniales y sexo-disidentes. En: P. Bonavitta, O. Maritano, y P. Scarpino (Comps.). *Escrituras anfibia: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América* (pp. 200-214). Universidad Nacional de Córdoba.
- Segato, R. (2011). Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial. En K. Bidaseca (Comp.). *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América latina*. Godot.
- Segato, R. (2014). El sexo y la norma: frente estatal, patriarcado, desposición, colonialidad. *Revista Estudos Feministas*, 22(2), 593-616. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=38131661012>

- Simpson, L. & Klein, N. (2017). Danzar el mundo para traerlo a la vida: conversación con Leanne Simpson de Idle No More. *Tabula Rasa*, (26), 51-70. <https://doi.org/10.25058/20112742.188>
- Spivak, G. C. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297-364. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105018181010>

AUTORAS

Mariana Alvarado. (Mendoza, 1976). Doctora en Filosofía (FFyL-UNCuyo), Especialista en Constructivismo y Educación (FLACSO), Diplomada en Cultura y Comunicación (MEL-FCPyS-UNCuyo), Profesora de Grado Universitario en Filosofía (FFyL-UNCuyo). Investigadora Independiente (INCIHUSA - CCT - Mendoza / CONICET Argentina). Desarrolla su quehacer investigativo en la frontera discursiva que vincula epistemologías feministas latinoamericanas, pedagogías disidentes e historia de las ideas de mujeres en Nuestra América. Ha publicado *Feminismos del Sur* (Prometeo, 2020); ha compilado junto a Adriana Arpini y Paula Ripamonti. *Lenguajes de la Filosofía. Cuerpos Comunidades Experiencias.* (Qellqasqa, 2019); editora junto a Alejandro De Oto *Metodologías en contexto. Intervenciones en perspectiva feminista/poscolonial/latinoamericana* (CLACSO, 2017).

Maria Eugenia Hermida. Licenciada en Servicio Social por la UNMDP, Especialista en Docencia Universitaria (UNMDP) y Doctora en Trabajo Social (UNR). Fue becaria doctoral del CONICET. Ha ejercido como Trabajadora Social del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Integra el plantel docente y el comité académico de diversas carreras de posgrado (especializaciones, maestrías, doctorados) de Argentina y Chile. Actualmente es Profesora titular y adjunta regular en tres asignaturas (Investigación; Género y Derechos Humanos y Metodología del Trabajo Social), investigadora categorizada en la UNMDP, integrante del Grupo Problemáticas Socioculturales, directora del Proyecto de Investigación *Feminismos, Giro afectivo y pensar situado*; integrante de la RAIAS (Red de investigación en Asistencia Social), vicedirectora de la Maestría en Políticas Sociales (UNMDP). Cuenta con diversas publicaciones académicas que abordan problemáticas de la filosofía política contemporánea, las políticas sociales en clave situada, la crítica de la modernidad colonial, así como los aportes de las perspectivas críticas y los feminismos situados para el Trabajo Social latinoamericano.

Es autora del libro de no ficción *Parte/ 41*.